

mó Esteban. Después de haberle dado una educación conveniente al destino de un niño tan precioso, su padre, que era ya de edad muy avanzada, le declaró sucesor suyo con aplauso y aclamaciones de todo el reino, y murió de allí á poco tiempo en el año 997.

Siendo el objeto de los mas ardientes deseos del duque Esteban la entera conversión de su pueblo, principió por ajustar una paz sólida con todos sus vecinos; pero aquellos súbditos suyos que se conservaban adictos á la idolatría, se rebelaron bajo la dirección de algunos grandes. Púsose en camino contra ellos, llevando en sus banderas las imágenes de San Jorge y San Martín, y los venció delante de la ciudad de Vespria que habían sitiado; consagró al primer autor de sus victorias, las tierras de los sublevados y con estos despojos levantó un monasterio en honor de San Martín. Fué edificada esta abadía en una altura llamada el Monte Sagrado, donde se creía que San Martín, natural de Hungría, iba á hacer oración cuando era joven. Fundó Esteban otro monasterio en honor de San Benito, y habiendo encargado su gobierno al abad Astric, discípulo de San Adalberto, recogió en él á los demas discípulos de este santo mártir, que con motivo de las rebeliones y de la indocilidad de los bohemios se habían visto obligados á retirarse del mismo modo que su santo maestro. Recibía con gozo, y no cesaba de pedir á Dios semejantes cooperadores para la consolidación y propagación del Evangelio. Entre el gran número de clérigos y monges que abandonaron su país por dedicarse á una obra tan buena, no estimó menos á los dos santos personajes Andrés y Benito, que corrieron desde Polonia para abrazar la vida eremítica, que á los que ejercían con el mayor fruto el ministerio apostólico. Su viva fé le representaba en estos dos amigos de Dios dos nuevos Moisés, que hablando cara á cara con el Todopoderoso, atraían con la virtud de sus

oraciones la bendición del cielo sobre los que peleaban contra sus enemigos.

Con el objeto de dar la consistencia y forma convenientes á la iglesia de Hungría, dividió Esteban las tierras de sus dominios en diez obispados, señalándose por metrópoli á Estrigonia, situada á la orilla del Danubio en la embocadura del Gran, cuyo nombre tiene ahora. Eligieron arzobispo al santo monge Sebastian, que residía en el monasterio de San Martín; y al abad Astric, que tomó el nombre de Anastasio, le eligieron obispo de Colocza. Fué este prelado enviado á Roma (1000) para pedir la confirmación de estos obispados, y la del título de rey para el duque Esteban, y refirió al Papa Silvestre todo lo que había hecho este príncipe en beneficio de la Religión. El Pontífice se admiró en extremo, y habiéndole dado segun la costumbre de aquellos tiempos el título de apostólico: «si yo soy el apostólico, dijo, Esteban es el apóstol, pues ha sometido un pueblo tan grande al yugo de la fé.» No solo concedió la corona que le pedían, sino que dió además una cruz para que la llevasen delante del nuevo monarca, como una señal de su apostolado. Reconocieron por rey al duque Esteban todas las clases del reino, y fué consagrado y coronado con grande aparato en el año 1000: lo que confirmó algunos años después el emperador Enrique, el cual le dió en matrimonio su hermana Gisela.

El rey dotó con magnificencia y riqueza la metrópoli y todas las Sillas episcopales de sus Estados, cuidando mucho de poner en ellas dignos pastores. Concedió también tierras y siervos á las abadías para que no tuviesen los monges ni algun motivo de distraerse del servicio de Dios. Rayaba tan alto su celo, que se informaba con exactitud de su vida y costumbres, reprendía á los negligentes, y escitaba la emulación dando muestras particulares de estimación y

benevolencia á los mas puntuales en el cumplimiento de sus obligaciones. Estendió su liberalidad religiosa á mucha distancia fuera de su reino, pues estableció en Jerusalem un monasterio y le dió copiosas rentas; mandó levantar en Constantinopla una iglesia muy hermosa, y en Roma fundó una colegiata de doce canónigos, con casas de hospitalidad para los peregrinos húngaros. En fin, al salir de la barbarie, y enseñando el camino con seiscientos años de antelación á la nación mas cristiana y civilizada pronunció un voto particular, poniendo su reino y su persona bajo la protección de la Santísima Virgen, en cuyo honor edificó una iglesia magnífica en Alba Real, en la que entre otras cosas eran dignas de admiración muchas mesas de altar, que siendo todas de oro macizo, parecían de ningun valor en comparación de las piedras preciosas que brillaban en ellas por todas partes. Quiso el rey por un privilegio muy extraordinario y no visto hasta entonces, que esta iglesia estuviese exenta de la jurisdicción de obispo alguno, dependiendo sola é inmediatamente de él. El príncipe elegía el prelado que debía celebrar en su presencia, absolver á los penitentes, y consagrar el santo Crisma. Ningun obispo, ausente el monarca, podía ejercer allí función alguna sin el permiso del superior y de los monges, que eran también los únicos que cobraban los diezmos del pueblo que dependía de aquella iglesia. Debemos notar, por ser muy digno de nuestra atención, que el Papa Silvestre había concedido al rey Esteban la facultad de disponer y arreglar los asuntos eclesiásticos de su reino, así futuros como presentes, en calidad de vicario del romano Pontífice, lo que equivalía al título de legado perpétuo de la Santa Sede; y fué confirmado después por el Concilio de Constanza, á ruegos del emperador Sigismundo como rey de Hungría.

Unos tres años después de esta concepción murió Silvestre II el día 11 de mayo de 1005, dejando la reputación de haber sido uno de los hombres mas sábios é ingeniosos. Se cree que fué el que introdujo en Francia el uso de los números arábigos. Sucedióle Juan XVII (llamado antes Sicco ó Secco) y ocupó la Santa Sede unos cinco meses; fué consagrado á 15 de junio, cuatro días después de su elección, la cual se había efectuado con gran acuerdo y fué recibida con general aplauso, prueba grande de lo muy estimado que era; pero murió á 31 de octubre del mismo año 1005. En su lugar consagraron Papa el día 26 de diciembre siguiente al cardenal Faciano, presbítero del título de San Pedro, y tomó el nombre de Juan XVIII.

San Abbon de Fleuri fué en el año siguiente víctima de su celo por la disciplina monástica (1). Habiendo llegado al monasterio de la Reola, á orillas del Garona, con el designio de reformarle, esperaba el auxilio del conde de Burdeos y del vizconde, que era el patrono de la abadía. Riñeron en este corto intervalo los que le acompañaban con las gentes del país. Reprendiéndoles con severidad, y creyó que con esto quedaba ya todo sosegado; pero el descontento tenía otro principio que no imaginaba el santo abad. Reprendiendo igualmente á un monge relajado, mostró éste mucho furor, á que se siguieron mil declamaciones sediciosas. Encendiéndose de nuevo la discordia entre los gascones y los franceses que acompañaban al abad. De las injurias pasaron á los golpes, y cayó en tierra un gascon. Corrió Abbon para tranquilizar el tumulto por entre una lluvia de piedras sin que le alcanzase ninguna; mas uno de aquellos furiosos le dió tal lanzada en el costado izquierdo, que le atravesó las costillas. «No ha errado

(1) Glab. lib. 3, cap. 3.



el golpe,» dijo sin alterarse; y notando que habia mudado de color, y que temblaba el monge Aimoino que le acompañaba: «¿qué harías, añadió, si fuese tu propia sangre la que bañase el suelo?» Espiró en el propio día y le enterraron en la iglesia de aquel pueblo en la que cuentan se obraron muchos milagros: ello es que le veneran como mártir. Bernardo, duque de Gascuña, condenó á muerte al asesino y á sus cómplices, y adjudicó al monasterio de Fleuri el de Roela, que le pertenecía de derecho aunque le disputasen la posesion.

Nos han quedado una coleccion de cánones y una apologia de este sábio abad, que habia cultivado los estudios con mucho fruto y buen gusto en las célebres escuelas de Reims y París, y habia enseñado en Fleuri antes de ser abad de este monasterio. En vez de oponerse á que los monges estudiasen, los invitaba á ello como el ejercicio mas útil á la piedad despues de la oracion y el ayuno. La disension que tuvo con Arnolde de Orleans fué causa de la composicion de su apologia. Este obispo, en cuya diócesis estaba Fleuri, defendia que además del voto de dependencia en cuanto á lo espiritual, debia tambien el abad jurarle fidelidad como vasallo suyo; pretensiones muy comunes entre obispos y abades desde que no estuvieron sujetas las abadías á señores legos ó á otros obispos. Reconocia Abbon todos los derechos de suyo episcopales, pero pretendia que su monasterio dependia únicamente del rey en lo temporal. Pasaron de esta cuestion á la de los diezmos, de los cuales pretendieron despojar á los monges y á los legos los obispos reunidos en concilio en San Dionisio de Francia. Mas estas tentativas produjeron una sedicion que obligó á huir á los obispos sin haber determinado cosa alguna; y atribuyéndose á Abbon esta violencia, escribió su apologia para justifi-

carse, dirigiéndola á los reyes Hugo y Roberto, protectores declarados de los monges (1).

En su Coleccion de cánones dirigida á los mismos príncipes, no pierde ocasion de referir las autoridades contrarias á las tentativas de los obispos contra las libertades monásticas (2). Cita tambien algunas que son casi demostrativas en orden á la continencia de los clérigos. Pero lo mas digno de notarse en esta obra es lo que se dice en ella acerca de los patronos de las iglesias, que eran unos hombres nobles á quienes los obispos ó los abades les habian dado ciertas tierras en feudo, bajo la condicion de defenderlos y protegerlos. Refiere Abbon su origen á los concilios de Africa, los cuales habian acordado pedir á los emperadores algunos escolásticos ó abogados para defender los intereses de la Iglesia en los tribunales seculares. Desde la confusion del gobierno en el imperio francés, esta clase de tutores defendia á la Iglesia solamente con las armas; y muchas veces, en lugar de protegerla, abusaban de este titulo honorífico para tiranizarla y arrebatarse la mayor parte de sus rentas.

La doctrina del ilustre abad acerca de la preeminencia y potestad de la Santa Sede está consignada en una carta que escribió á los canónigos de San Martin con motivo de una desavenencia que habia entre estos canónigos y el arzobispo de Tours. «He sabido, dice, que el señor Archambaud, arzobispo de Tours, se opone á los privilegios de San Martin, vuestro comun patrono. ¿Y habria alguno tan insensato que creyese que un prelado de tanta autoridad y de tanta mansedumbre quiera combatir los decretos de los Papas y de los SS. cánones? La Iglesia romana por su preeminencia sobre

(1) *Post. cod. can. Pith.*

(2) *Analect. tom. 11, pag. 248.*

todas las iglesias, tiene el derecho de dar privilegios á sus miembros que están esparcidos por las cuatro partes del mundo. El que se opone á la Iglesia romana se separa de su gremio y se declara del número de los adversarios de Jesucristo. El gran Concilio de Nicea mandó que se conservasen á cada iglesia sus privilegios. Lo mismo mandó el Santo Papa Gregorio al obispo Juan. ¡No permita pues Dios que los decretos de los Santos, y principalmente de los antiguos Pontífices romanos, se vean espuestos á la revision y censura de los modernos! ¡No permita Dios que nuevos críticos desprecien los escritos de los antiguos cuya memoria honran (1)!»

Cuando los negocios públicos tomaron mejor aspecto en Francia y en Italia, durante el gobierno de los primeros Capetos y de los emperadores alemanes, renació por todas partes el celo de la casa de Dios; y sin limitarse á tratar de su seguridad, se esforzaron, por lo menos en todas las Galias, en darla mayor lustre y esplendor. Nunca se levantaron tantas iglesias como en los principios del siglo XI, y á esta época á la que tanto se pretende desacreditar debemos una multitud de monumentos que nos admiran todavia, y con dificultad podemos imitar. Renováronse casi todas las catedrales, los monasterios y aun las ermitas (2). Fué reedificada la iglesia de San Martin de Tours por su tesorero Herveo, que se retiró despues á una celda vecina, donde murió en olor de santidad. Impulsado del temor de Dios el conde de Anjou, Fulco, despues de haber pasado la vida ejerciendo crueldades y rapiñas, emprendió por penitencia el viage de Jerusalem, y de regreso en su pais levantó el monasterio de Beaulieu, á una milla de Loches, donde

(1) *Ep. Abbon. in App. ad Cod. can. Peleteri, p. 404. 248. Hist. de l'Eglis. Gal. hácia 993.*

(2) *Gal. lib. 2 et 3.*

construyó una iglesia (1010). Ricardo, duque de Normandía, restableció la abadía de Fecamp, arruinada antiguamente por los idólatras de su nacion, espulsando de ella á algunos canónigos seculares que habian usurpado el lugar de las religiosas para quienes se fundó, y cediéndola á Guillermo, abad muy virtuoso de San Benigno de Dijon (1001). Hasta el hijo disoluto del duque Ricardo, Roberto arzobispo de Roan y conde de Evreux, que se habia casado y habitaba públicamente con su muger, dió señales de algun resto de Religion, reedificando su catedral desde los cimientos: fé muerta á la verdad, ó á lo menos de una inconsecuencia digna de lástima, pero mucho menos calamitosa que esa pretendida fuerza de espíritu, que en medio de la blasfemia y del ateísmo cree poder faltar sin pudor á lo que exigen las costumbres y la conciencia.

Por lo demas, este ardor general para construir iglesias en el siglo XI, pudo tener en algun tiempo, con respecto á muchas gentes tímidas, una causa particular. Hubo en el discurso del siglo X gran número de hombres sencillos é ignorantes que estaban esperando sin cesar el fin del mundo. Los desórdenes y calamidades de aquel tiempo, dos seductores semejantes al Anti-Cristo, á saber, Leutardo y Vilgardo, que aparecieron precisamente en el discurso del año 1000, el primero en Francia, y el segundo en Italia; todos estos sucesos, cotejados con algunos pasages mal entendidos del Apocalipsis sobre el término de mil años, habian persuadido que el universo estaba próximo á su destruccion, á pesar de las reclamaciones de los hombres doctos y sensatos, y en particular de Abbon de Fleury. Pero el celo de la casa del Señor sobrevivió á estos terrores imaginarios. Cuando se creyó ver renacer un nuevo orden de cosas, é imaginaron todos recibir una vida nueva,



duraron todavía por mucho tiempo las mismas inclinaciones, aunque alentadas de una santa alegría, y dirigidas por el espíritu de gratitud al Señor que había librado á su pueblo.

El santo rey Enrique de Germania mandó levantar un templo augusto y adornado con magnificencia en la ciudad de Bamberg, que era de su patrimonio y le gastaba mucho desde su infancia (1). Como carecía de heredero y había hecho voto, según la opinión pública, de guardar continencia con su mujer Cunegunda, quería dejar al mismo Dios por heredero de sus posesiones, y anticipar de este modo la conversión de los esclavos estableciendo un obispado cerca de su país. Delegó diputados á la Santa Sede con el objeto de erigir en catedral su nueva iglesia, y el Papa Juan XVIII la sujetó á la metrópoli de Maguncia. Esta decisión fué recibida y confirmada en Francfort el año 1007 en un concilio de treinta y siete obispos, á pesar de la oposición del de Wirstburgo, del que dependió Bamberg, y que en premio de su consentimiento para la erección había pedido, aunque inútilmente, el título de arzobispo. Además de la iglesia catedral estableció Enrique dos comunidades en el mismo sitio, al Mediodía una de canónigos, y al Septentrion otra de monges. Everardo, canceller de Enrique, fué el primer obispo de Bamberg.

Pero entre todos estos prelados ninguno se distinguió tanto como San Alfredo de Utrech (2). Había sido conde de Lovaina, y brillaron siempre en él la equidad y la firmeza en reprimir los robos, que eran tan comunes en la Bélgica como en los demás países. Habían formado todos tan ventajosa idea de su rectitud y de su instrucción, que

(1) Ditmar. lib. 6.

(2) Bolland. die 3 Maji; Mabill. saec. VI Bened. pag. 85.

le escuchaban como á un oráculo en cuantos tribunales y dietas asistía. Estudiaba sin cesar las leyes divinas y humanas, y consagraba á la lectura las horas de recreo; de modo, que un gusto tan extraordinario para los caballeros de su tiempo les hacía decir que Alfredo vivía más bien como monge que como conde. De acuerdo con su mujer Hilsuinda fundó la abadía de Thoron, de la que fué primera abadesa su hija Benita. Retiróse Hilsuinda después á este monasterio, y murió en él santamente. El mismo Alfredo quería abrazar la vida monástica, cuando el emperador Othon III le instó para que aceptase el obispado de Utrech. Opuso por excusa su avanzada edad, empleada casi toda en el tumulto de las armas. Pero al fin, estrechándole más y más el emperador en Aquisgran donde se hallaban juntos, tomó su espada y la puso en el altar de la Virgen, diciendo: «Hasta aquí he protegido con todo mi poder á los pobres de Jesucristo. En este día me pongo bajo la protección de su Madre, con mi nueva dignidad.» Quedó ciego en los últimos días de su vida, y se retiró á una casa de monges que había fundado; y aunque tomó el hábito monástico, no dejó de asistir á los Concilios y á las dietas. Murió en el año 1012, y está colocado en el número de los Santos, como también su esposa Hilsuinda.

Fuó en su tiempo á predicar á los rusos San Bruno, llamado por otro nombre Bonifacio. Era de la principal nobleza de Sajonia, y enlazado con reyes. Llamóle á su corte Othon III, y le amó con tanta ternura, que no solía darle otro nombre que el de «alma mía» (1). Mas el destino y las inclinaciones de Bruno eran muy superiores á las de los favoritos de los príncipes de la tierra, y así todo lo abandonó por abrazar la vida regular,

(1) Ditmar. lib. 6, pag. 82.

acompañando á San Romualdo á Monte-Casino y á Perea cerca de Ravena, donde vivió con el trabajo de sus manos, andando siempre descalzo, no comiendo más que dos veces á la semana, y restregándose algunas veces entre las ortigas y espinas como para disponerse al martirio que ansiaba con mucho ardor.

Habiendo adquirido la firmeza necesaria en todas las virtudes con un largo ejercicio de la vida eremítica, tuvo inspiración de evangelizar á los infieles, y se puso al punto en camino para impetrar el permiso del Sumo Pontífice. Hizo descalzo el viaje á Roma, como acostumbraba, pensó que era un exceso de relajación alimentarse todos los días para poder sufrir las fatigas del viaje, y no probó jamás otra bebida que el agua. El Papa no solo le confirió la misión, sino que le encargó también que se hiciese consagrar arzobispo, dándole anticipadamente el pálio. Tomó Bruno un caballo para volver más pronto á Alemania, pero siempre con los pies descalzos, á pesar del rigor de la estación; de suerte que algunas veces era necesaria agua caliente para separarle el pie del estribo. Luego que llegó á Mersburgo, donde estaba Enrique encumbrado ya al trono fué consagrado por el arzobispo de Magdeburgo, quien hizo también la ceremonia de darle el pálio que había llevado él mismo (1002). El nuevo arzobispo después de su consagración añadió el oficio canonical al monástico, y continuó todas sus austeridades, no obstante del excesivo trabajo que tenía. Boleslao, duque de Polonia, y la mayor parte de los señores á quienes visitó en su tránsito, le hicieron regalos de mucho valor; pero él lo distribuyó todo entre los pobres ó entre las iglesias: porque decía que «quería permanecer sin riquezas para anunciar la fé de un Dios que se despojó de todo á fin de enriquecernos.» Predicó al principio en Prusia, donde solo recogió injurias

y desprecios. Pasó desde allí á los confines de Rusia, y anunció el Evangelio con intrepidez, aunque después de la muerte del duque Vlodimiro no se hallaban mejor dispuestos para recibirle los habitantes de aquel país que los de Prusia. Pero era este el campo que le había destinado el Señor, si no para coger sus frutos, á lo menos para hacerle fértil regándole con su sangre. Aseguráronse por último de su persona aquellos hombres ingratos y crueles, y le cortaron la cabeza con otros diez y ocho compañeros, el día 14 de febrero del año 1009; pero la Iglesia celebra la memoria de este santo mártir el día 15 de octubre.

En el propio año y á últimos del mes de mayo, abdicó Juan XVIII el pontificado y abrazó la vida monástica en la abadía de San Pablo de Roma. Estuvo vacante la Santa Sede tres meses lo más, y elevaron á ella á Pedro, obispo de Albano, natural de Roma, quien tomó el nombre de Sergio IV, y en el discurso de su pontificado, que no llegó á tres años, honró su dignidad con virtudes muy sólidas, distinguiéndose principalmente por su liberalidad para con los pobres.

En su tiempo arruinaron los musulmanes en Jerusalem la iglesia del Santo Sepulcro que habían incendiado ya los persas en el siglo séptimo. Se supo entonces que los principales autores de esta última maldad fueron los judíos de Francia, quienes escribieron al califa Haquem, que si no demolia al punto aquel objeto de las peregrinaciones tan frecuentado de los cristianos, no tardarían estos en despojarle de sus Estados (1). Un peregrino reconoció en Orleans al que había llevado la carta por haber estado con él en Oriente. Le prendieron y le azotaron con tanta crueldad, que confesó su delito. Al punto le condenaron los ministros del rey á ser quemado vivo, y

(1) Glab. lib. 3 hist. cap. 7.